

LAS RECIENTES ELECCIONES EN EL ESTADO DE ISRAEL

ZVI MEDIN

El Colegio de México

LAS ELECCIONES QUE TUVIERON lugar en el mes de julio del presente año en el Estado de Israel poseen, sin lugar a dudas, una importancia que trasciende la de los meros resultados electorales. La mayor parte de los politólogos que se ocupan de la política israelí revisan actualmente sus análisis anteriores y explican lo que hoy parece supuestamente obvio, pero no lo era hace contados meses. En su mayoría, los expertos consideraron la derrota del laborismo israelí, en 1977, y el triunfo de Beguin al frente del Bloque Likud (Unificación), como una mera y transitoria votación de protesta del electorado israelí frente a una serie de *affaires* sensacionales en los que se vieron involucrados algunos de los líderes del Partido Laborista. Abraham Ofer, Secretario de Construcción del gobierno laborista, se suicidó en los meses previos a aquellas elecciones por llevarse a cabo contra él una investigación policiaca por sospechas de malversación de fondos; Asher Iadlin, el candidato electo de los laboristas para el cargo de Director del Banco Nacional, fue enviado cinco años a la cárcel acusado de cohecho en momentos en que se desempeñaba como Director General de la Kupat Jolim, la mayor institución de salud del país, perteneciente a la Histadrut (Sindicato Obrero); y, finalmente, el mismo Izaak Rabin, Primer Ministro de Israel, se vio obligado a renunciar a su cargo cuando se descubrió que su esposa poseía una cuenta en dólares en un banco norteamericano que databa de la época en que Rabin era embajador en los Estados Unidos, lo cual se encontraba prohibido por la ley israelí. No fue Beguin el que triunfó en 1977, consideraron los politólogos por lo general, sino los laboristas los que recibieron una lección del electorado israelí, una mera advertencia. Ello pareció verificarse cuando, en las mismas elecciones, una buena parte de los gene-

rales en reservas y de los directores de empresas industriales, pertenecientes a lo más connotado de la élite laborista precisamente, abandonaron el partido con Igal Iadin al frente, profesor de Arqueología y ex Jefe del Estado Mayor Israelí durante los primeros años de la década de los 50, y constituyeron el Partido Democrático (Dash), logrando un notable éxito de catorce escaños.

¿Fue en verdad una mera votación de protesta la de 1977? Los resultados recientes de 1981 indican claramente que no, y que en 1977 ya comenzaban a manifestarse políticamente una serie de procesos fundamentales en la conformación social y nacional del Estado de Israel. Y este hecho resalta especialmente si se observa el fracaso del gobierno beguinista en numerosos campos, y la desilusión general que lo acompañó. Luego del primer (y notable) logro de los acuerdos de Camp David, el gobierno de Beguin pareció dejar de existir. Las cruentas disputas entre los diferentes secretarios de gobierno se hicieron públicas y diarias, imposibilitando el funcionamiento del gobierno, en tanto el mismo Beguin parecía caer en largos períodos de apatía que eran achacados, por lo general, a las medicinas que debía tomar por sus problemas cardíacos. Uno tras otro los más importantes secretarios fueron renunciando dando la impresión de que huían de un barco que se estaba hundiendo. Simja Erij, Secretario de Hacienda, renunció a su cargo al verse completamente impotente para reducir la inflación galopante que alcanzó el récord mundial de 130% anual; el famoso general Ezer Weizman, Secretario de Defensa y uno de los arquitectos del acuerdo con Sadat, con quien guardaba una muy especial amistad personal, abandonó el gobierno, al exigir un avance más dinámico en el proceso de paz; Moshé Dayan, recientemente fallecido, siguió los pasos de Weizman; y esto para nombrar solamente las dimisiones de los más conocidos políticos, pues hubo muchos más.

Paralelamente a la crisis política estaba la crisis económica y el constante resentimiento de las capas populares, que a pesar de todos los mecanismos de compensación para neutralizar la inflación veían paulatinamente reducirse sus posibilidades económicas. Todo hacía prever la vuelta de los laboristas al poder, y las encuestas señalaban, aun a comienzos de 1981, que

los laboristas detentaban un 60% de los votos, frente a un 20-30% del Likud. En el Partido Laborista se comenzó a repartir el botín de antemano y numerosas personalidades le dieron su apoyo (una vez que el triunfo parecía seguro), e inclusive, el Partido Democrático se dispersó de hecho, volviendo muchos de sus dirigentes al seno de su viejo partido y aceptando la jefatura del líder laborista Shimón Peres.

Pero meses antes de las elecciones se produjo el vuelco, hecho increíble para muchos que no habían logrado descifrar sus indicios prematuros. Podríamos decir que, de determinada manera, todo comenzó con una nueva y última crisis en el gobierno beguinista, cuando Igal Horowitz, Ministro de Hacienda, renunció, y en su lugar fue nombrado uno de los jóvenes políticos beguinistas, Ioram Aridor. Este comenzó, desde un principio, con una política económica completamente opuesta a la de sus predecesores en el cargo, contrariando todo lo que parecía ser la lógica económica, o por lo menos, la lógica de los economistas. Inmediatamente, fueron reducidos los impuestos directos e indirectos; los automóviles, de precio exorbitante en Israel debido a los impuestos, se vieron exentos de gran parte de los mismos; los televisores a color, hasta ese entonces aún artículo de lujo que pocas familias israelíes se podían permitir, fueron arrebatados de los negocios, y así con muchos otros objetos de consumo. Se puso fin, transitoriamente, a la cancelación progresiva de subsidios, y en Israel comenzaron a burlarse de un nuevo tipo de economía, la economía electoral; algunos hablaron abiertamente de soborno oficial e intentaron explicar al electorado que deberían pagar luego de las elecciones el precio del daño provocado a la economía nacional anteriormente. Pero el pueblo no pareció interesarse en especial por la lógica de los libros de economía y se avalanzó a aprovechar gozoso las imprevistas oportunidades. También vinieron los aumentos de sueldos. Estos fueron los comienzos del vuelco en la opinión pública. Luego apareció la primera estrella de estas elecciones: Menajem Beguin, el mismo Beguin que se había hundido en la apatía política y que parecía resucitar. El mismo se burló del asombro provocado por su febril actividad diciendo que parecía que estaban viendo "la resurrección de los muertos". Haciendo gala de lo más gra-

nado de los recursos beguinistas, recorrió las ciudades y las aldeas de Israel provocando verdadero delirio entre amplios sectores populares de la ciudadanía israelí, que lo recibía por doquier con un estribillo que decía: "Beguin, Rey de Israel". En especial logró el apoyo delirante de numerosos sectores de judíos de origen africano y de los países árabes. A pesar del enorme esfuerzo de integración social y nacional realizado por Israel durante más de treinta años, se hizo patente que las brechas comunitarias estaban aún lejos de cerrarse, y que los problemas internos con los que debe medirse el Estado de Israel no son menos graves que su confrontación con el mundo árabe. En 1948, cuando se creó el Estado de Israel y comenzaron a afluir al mismo los judíos de todo el mundo, principalmente los sobrevivientes del holocausto y los refugiados que se escapaban de los países árabes, Israel era, fundamentalmente, un país cuyo ochenta por ciento de la población judía era de origen ashkenazita, o sea, judíos provenientes de la Europa Oriental —como David Ben Gurión— o hijos o nietos de los mismos que habían nacido en la entonces Palestina, ya sea bajo el dominio turco o el mandato inglés. Se trataba de una sociedad democrática, avanzada técnicamente (ya en aquel entonces con enormes logros agrícolas, especialmente de los kibutzim), occidental en los aspectos básicos de su cultura, libre, secular. Eran los mismos judíos ashkenazitas los que habían colocado los cimientos de la economía y la sociedad israelí mucho tiempo antes de la creación del Estado. Y a partir de 1948 vieron cómo su número se duplicó en escasos dos años, enfrentándose no sólo a la guerra sino también a la tarea de absorber e integrar a cientos de miles de judíos que llegaban por lo general desprovistos de todos sus bienes. Fue una época épica en la que se hablaba, casi en una terminología mesiánica, del "crisol de las diásporas". Pero ese crisol no fue en realidad una reunificación de las diferentes culturas judaicas de las diferentes partes del mundo, sino que de hecho, y a pesar de la mejor buena voluntad, se trató de la integración de los judíos de origen asiático a una sociedad occidental. Provenientes de una sociedad profundamente religiosa, tradicionales, de familias fuertemente unidas bajo la autoridad patriarcal, con oficios propios de la sociedad en la que habían vivido y, por lo general, sa-

liendo de países en los que la democracia era desconocida, debieron pasar por un crisol de diásporas que en verdad significaba su adaptación e integración a una sociedad extraña, integración que implicaba, de hecho, el abandono de su cultura original (en la amplia acepción del término) para adaptarse a otros valores. Para la sorpresa general, en los comienzos no hubo, a pesar de las grandes dificultades económicas de los recién llegados, las protestas y la frustración propias de sus condiciones. Por el contrario, en medio de la épica vuelta a Sión, con el liderazgo patriarcal y casi profético de Ben Gurión, los judíos bajaban de los aviones ("las alfombras mágicas") y besaban la Tierra de Israel. Pero el proceso de integración por el que comenzaron a pasar las nuevas generaciones implicó, en gran parte, el abandono de lo propio, lo original, sin poder, en cambio, llegar a ser parte orgánica de la sociedad que exigía su integración. El enorme progreso económico no fue suficiente por sí mismo para posibilitar la integración social, y el enajenamiento existente, en alguna medida, entre las diferentes comunidades es hoy día aún parte de la realidad israelí. Los judíos provenientes de los países de África y Asia han duplicado su nivel de vida, duplicaron su participación en las profesiones liberales y aumentaron en un trescientos por ciento su representación en los colegios secundarios y en las universidades. Consecuentemente, a fines de la década de los 70, se encontraban participando de manera destacada en los centros del poder político, fundamentalmente a nivel municipal y sindical. Pero las últimas elecciones hicieron patente que, a pesar de todo ello, en el subconsciente nacional existían resentimientos mutuos que irrumpieron, para muchos sorpresivamente, durante la campaña electoral. Beguin supo capitalizar políticamente estas reservas emocionales y abrirles inclusive un cauce agresivo. Por momentos pareció, aunque no fue así, que las elecciones serían el campo de confrontación de los ashkenazitas y los sefaraditas. A pesar de los grandes logros del laborismo en el mejoramiento material de los inmigrantes. Beguin logró erigirse en el representante de la reivindicación de las comunidades judías de origen afroasiático. Con una ideología nacionalista-maximalista, impregnada de una retórica religioso-tradicionalista, Beguin provocó el delirio. Sus soluciones a los complicados problemas

con los que se enfrenta Israel fueron simples y cortantes, en especial frente a los "sí" y "en la medida que" del laborismo. Pero más allá de todo esto, se plantea evidentemente una interrogante básica: ¿fue el gobierno beguinista el responsable, durante los últimos cuatro años de las crisis y las dificultades por las que atraviesa Israel? Si la élite política del partido de Beguin es, en su enorme mayoría, ashkenazita (a excepción del vice-Primer Ministro David Levi, de origen marroquí) ¿cómo es que lograron el apoyo de los judíos sefaraditas? ¿Cómo entender que Beguin y su bloque político se presentaran al electorado israelí como un partido opuesto al *establishment* dominante, cuando ellos mismos constituían el gobierno israelí? ¿Cómo entender los patéticos discursos de Beguin en las plazas de las aldeas y las ciudades, como si en esos mismos momentos hubiera surgido de la clandestinidad para derrocar de una vez por todas el corrupto dominio de los laboristas? Parecería, a primera vista, que se trataba de una treta sumamente inteligente, pero en verdad fue un fenómeno enraizado fuertemente en la realidad israelí: hay un fuerte componente de verdad en esta aparente paradoja. A pesar de que el laborismo fue derrotado en las elecciones de 1977, en verdad sólo perdió parte de su poder político, y continuó constituyendo la élite social y económica. Las empresas de la *Histadrut* (Organización Obrera) continúan siendo la base de la economía israelí; los *ki-butzim* florecen y elevan constantemente su nivel de vida; la gran mayoría de los intelectuales, los que detentan los mayores ingresos, aquéllos que construyeron el Estado de Israel y que vivieron la épica sionista en sus momentos más cruciales, todos ellos constituyen aún hoy día el núcleo más fuerte del laborismo israelí. El partido beguinista, en cambio, y el mismo Beguin en gran medida, no constituyeron parte orgánica de la corriente central y más poderosa del sionismo oficial. El revisionismo beguinista no creó colonias agrícolas y no participó en el asentamiento de la base económica de la sociedad israelí. En una etapa relativamente temprana, el revisionismo se apartó —y en parte fue apartado por los laboristas— de la corriente predominante del sionismo. Se lo consideró como una corriente maximalista sin una suficiente base de apoyo popular, y al constituirse el Estado de Israel, *Jerut* (libertad), el partido de

Beguin, quedó como un partido minoritario al que nadie consideraba que podría lograr el poder.

La base de apoyo para este tipo de movimiento político enajenado podía encontrarse solamente en medio de aquellos círculos que también se sentían enajenados con respecto a la empresa sionista de la construcción de la sociedad y el estado (por no haber participado en la misma en sus orígenes), como sucedía con el propio Beguin. He aquí el componente de verdad de la paradoja supuesta: la comunión en el enajenamiento y en la confrontación con la élite socioeconómica dominante. Y es en este sentido que, inclusive Beguin, luego de las elecciones, se atacara, poco disimuladamente, a esa "vaca sagrada" de Israel que son los kibutzim. La respuesta fue sumamente violenta y provino de innumerables sectores, pero Beguin, quizá inconscientemente, logró su cometido: la confrontación con el representante axiológico más elevado del laborismo israelí.

Con el trasfondo de esta problemática esencial, en plena campaña electoral, las crisis de los misiles con Siria y el bombardeo del reactor atómico en Irak, el electorado israelí se fue volcando progresiva pero constantemente hacia Beguin. Sus admiradores se tornaron agresivos e irrumpieron a menudo en los actos organizados por los laboristas, pero cuando estos últimos intentaron atemorizar al electorado israelí, presentando en la televisión estas agresiones, el efecto fue diferente al esperado: una buena parte de la alta clase media se atemorizó y se volcó hacia el laborismo, aunque grandes sectores de judíos sefaraditas creyeron verse representados como bárbaros frente a los supuestamente civilizados ashkenazitas, por lo que el abismo comunitario-político se vio así mucho más pronunciado.

Los resultados de las elecciones mostraron un Israel dividido en dos grandes bloques: de los ciento veinte escaños de la *Kneset* (el parlamento israelí) los beguinistas lograron cuarenta y ocho, en tanto el laborismo llegó a cuarenta y siete. A pesar de que el laborismo logró un resonante aumento (de casi el cuarenta por ciento) quedó en la oposición, y Beguin formó su coalición con los partidos religiosos, otorgándoles concesiones sin precedentes; en su gobierno ya no figuran, como en el anterior, otras "estrellas" políticas aparte de él, como Moshé

Dayan o un Ezer Weizzman. Ni siquiera un Igal Iadin, que luego de haber posibilitado con su nuevo Partido Democrático, en 1977, la derrota del laborismo, se retiró en estas elecciones de la vida política, luego de que su partido desapareció desintegrándose totalmente. Quizá queden frente al patriarcado político de Beguin, sólo dentro de su mismo partido, las ambiciones y la audacia política de su Secretario de Defensa, el legendario Gral. Arik Sharon, y de su vice-Primer Ministro, que idolatra a Beguin, pero que posee también un enorme poder político propio como representante de las comunidades afroasiáticas.

A este mapa político y en medio de él deberá Israel enfrentarse, tanto en su problemática externa como en la interna. En lo externo, Beguin espera fuertes protestas hasta mediados de 1982, cuando Israel deba cumplir con su parte en el tratado de Camp David y devolver todo Sinaí a los egipcios. Hay quienes consideran que por ello puso precisamente a Sharon como Secretario de Defensa y encargado directo de sacar las aldeas israelíes de esos territorios. Con respecto al futuro de la banda occidental, aspira a llevar a cabo su plan de autonomía bajo el límite declarado de evitar, por cualquier concepto, la creación de un estado palestino, en el que ve una amenaza a la existencia del Estado de Israel, especialmente cuando la OLP, en su Carta Constitutiva, habla de la destrucción de Israel. Pero muchos israelíes consideran que la autonomía propuesta necesariamente conducirá a la creación de un estado palestino. Algunos presentan estas consideraciones con alegría, otros con reproches. En la oposición se encuentran vastos sectores que ven la creación de un estado palestino no sólo como necesaria, en función de la realidad del Medio Oriente, sino también, y especialmente, en función de los intereses del mismo Israel. En su opinión (el diputado Iosi Sarid representa esta corriente dentro del laborismo) es imposible perpetuar un estado esencialmente judío y democrático si se sigue manteniendo la presencia israelí en la banda occidental y el dominio sobre un millón y medio de palestinos. Asimismo, la coalición y la oposición se encuentran divididas en lo referente a las reacciones frente al grupo extremista nacionalista-religioso de Gush Emunim, que constituye la punta de lanza en las exigencias y en las empresas de fijar los

asentamientos judíos en la banda occidental del Jordán, en Iehuda y Somaria (Judea y Samaría). En lo interno, las relaciones con el sector religioso se han convertido en motivo de una profunda división, cuando la mayoría de los ciudadanos israelíes se encuentran resentidos por la imposición de grupos religiosos marginales. Y, finalmente, la cuestión con la que comenzamos: ¿qué será de la problemática comunitaria que se manifestó explosivamente en las elecciones?

Como vemos, la democracia israelí se enfrenta a un sinfín de problemas, y lo hace con una pasión política que surge, en gran parte, de la idea de que no se trata de problemas políticos usuales sino que, en su solución, se juega a veces su misma existencia, negada aún por la gran mayoría del mundo árabe.

Mientras tanto, ya se habla de las próximas elecciones, dentro de tres años y medio. Algunos laboristas elevan el nombre del posible mesías que quizá logre devolverles el apoyo de las comunidades sefaraditas: al actual Presidente de Israel, Izzak Navón, de origen sefaradita, el hombre de mayor popularidad en Israel y discípulo cercano de David Ben Gurión. En el partido beguinista, por ahora, sólo se "disfruta" del poder conquistado nuevamente, a pesar de todas las predicciones.